

pra y los paralelismos y diferencias que pueden apreciarse con relación a los centros republicanos y anarquistas. Con todo, lo más sustancial sea probablemente el exhaustivo tratamiento del significado más profundo de la institución Casa del Pueblo a través de las funciones que trató de cumplir y en relación a ellas de los servicios que prestó a sus afiliados. Se pasa revista así al local obrero como lugar de formación y concienciación política, como centro y foco de irradiación cultural, como espacio de encuentro social y de esparcimiento o como entidad que atiende a otras necesidades de la clase obrera mediante la práctica del deporte, la proliferación de economatos y cooperativas, la existencia de farmacias, mutualidades y dispensarios médicos o el establecimiento de mecanismos de solidaridad como gabinetes jurídicos o bolsas de trabajo. Al mismo tiempo, y ésta nos parece otra de las grandes novedades incorporadas por los autores, se estudia con detenimiento la carga litúrgica y simbólica que presentan y suponen las Casas del Pueblo mediante el despliegue de un ritual que comenzaba en el momento de la inauguración del local y proseguía luego a lo largo de su vida mediante elementos y rasgos simbólicos que se incorporaban a una especie de «calendario litúrgico» propio. Liturgia y simbología política y cultural para lo que los socialistas encontraron en la Iglesia y en el Palacio dos referentes o modelos de los que tomarán prestados vías de expresión y de ritualización, bien que a través de un proceso de apropiación y reutilización en clave laica y obrera.

Los capítulos tercero y cuarto son también del máximo interés, toda vez que por primera vez se realiza un análisis completo de la tipología de las Casas del Pueblo y de los lenguajes arquitectónicos empleados en su construcción. Viviendas de tipo popular y tradicional y casas de pisos superan ampliamente el 50% de los inmuebles en que se situaron los locales socialistas, si bien fueron entendidas como soluciones temporales y de circunstancia frente a los verdaderos tipos que se deseaban: villas, quintas y «hoteles», y como una

versión corregida y aumentada de los mismo, los palacetes y palacios, marginando también como construcción los amplios espacios abiertos que ofrecía la arquitectura fabril del momento. Podría sorprender igualmente que los socialistas utilicen desde el punto de vista de los estilos artísticos los más tradicionales y conservadores —arquitectura popular o tradicional, historicismo, eclecticismo o regionalismo— relegando a unas pocas y singulares muestras los más contemporáneos y vanguardistas —modernismo, art decó, expresionismo y racionalismo—. Sin embargo, los autores explican perfectamente las razones de este conservadurismo artístico y en relación a él el profundo divorcio que se produce entre las posiciones ideológicas del socialismo español y las vanguardias artísticas en nuestro país.

El último capítulo está dedicado a historiar pormenorizadamente la historia de la Casa del Pueblo de Madrid, situada en el que fuera palacio de los duques de Béjar, en el casco antiguo de la ciudad, y que por su significación e importancia se convirtió en el paradigma de este tipo de instituciones y orgullo del socialismo español. Un estudio que muy bien, al igual que el conjunto de esta obra, puede convertirse en acicate para que otros investigadores se ocupen del análisis particularizado de otros centros obreros completando así el mapa de los mismos y permitiendo por ende rescatar una parte fundamental de la historia del movimiento obrero. El apéndice documental, el aparato bibliográfico y sobre todo las fotografías de unos edificios demolidos por la guerra o por el franquismo constituyen otros tantos aciertos de esta tan singular como importante obra.

ANTONIO MORALES MOYA

MANGUEL, Alberto: *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, 396 pp.

Este ensayo histórico comienza con unos apuntes autobiográficos que incitan a

los lectores a continuar esta peculiar historia de la lectura. La temprana relación de Alberto Manguel con lo escrito comienza como oyente de su niñera durante sus horas de convalecencia hasta que a los cuatro años se descubre a sí mismo como lector. Su voracidad de adolescente fue reconducida a partir de su primer trabajo como dependiente en una librería bonaerense en la que conoció a Jorge Luis Borges quien, ya casi ciego, lo contrata como lector. Los dos años dedicados a la lectura en voz alta para el escritor argentino le ayudaron a reorganizar mentalmente las suyas y a descubrir e iniciar nuevas relaciones con los libros. Ejerció como redactor en lenguas extranjeras, periodista, crítico literario, profesor de literatura en varias Universidades europeas, canadienses y norteamericanas. Además es autor de novela y teatro. De su historia como lector, autor y traductor pasa a hacer una historia de la lectura plagada de referencias personales que enriquecen la reconstrucción histórica del acto lector y convierten a esta obra en un nuevo documento para futuros investigadores.

No sigue el autor un simple orden cronológico, ni fuerza el acoplamiento a la historia de la política, aunque la relación de los distintos regímenes con los libros sea, a juicio de Manguel, amenazantes para éstos pues los lectores son percibidos casi siempre como ciudadanos subversivos, ni a la historia de la literatura o a la de la crítica literaria. Los acontecimientos recogidos en cada capítulo no están seleccionados por su sucesión cronológica sino por lo relevantes que sean para ilustrar la historia del acto lector o del libro en cuanto objeto —el aprendizaje lector, la forma del libro, las maneras de leer en privado (en voz baja, en la cama, etc.) o en público (en las fábricas, en los salones, etc.), la posesión de obras, etc.—. Desde los capítulos iniciales, que tratan de los primeros restos arqueológicos escritos, no faltan las reflexiones científicas y las informaciones y referencias actuales para facilitar la comprensión de cada afirmación hecha. Sus estancias en distintos puntos del planeta convierten a Manguel en un informador de primera

mano de una parte de los hechos históricos narrados.

Esta original recreación de la historia universal de la lectura está enriquecida por una iconografía ilustradora que ayuda a descifrar las tesis planteadas en cada uno de los capítulos y por la experiencia personal, relacional y viajera del autor. Hijo de un diplomático vivió y tomó contacto con diferentes culturas, residiendo en Buenos Aires, Tel Aviv, Chipre, Garmish-Partenkirchen, París, Milán, Venecia, California, Bagdad, etc. Otro interés de esta obra es la incorporación de la historia de la educación en la historia de la lectura de un modo natural, fundiéndose ambas, por ejemplo al contar cómo aprendió a leer Walt Whitman con el método lancasteriano o el caso del suizo Thomas Platter que acudió a la escuela latina de Estrasburgo durante el siglo XV y aprendió con el método escolástico en un momento en que la lectura dependía ya de cada lector no de la atribución de significado que los traductores, comentaristas, glosadores, anotadores, etc. habían dado al texto escrito.

Como se afirma en la contraportada «ha conseguido una obra que se lee como una novela» al contar *una* historia en tono ameno sin olvidar la necesaria erudición sabiamente recogida en las notas.

CARMEN DIEGO PÉREZ

MAYORDOMO, Alejandro: *El aprendizaje cívico*, Barcelona, Ed. Ariel, 1998, 352 pp.

¿Qué es lo que ha de aprender hoy un ciudadano?, ¿cómo asumir pedagógicamente el trabajo de evitar a nuestros jóvenes el desaliento o indiferencia social?, ¿de qué forma prepararles para convivir en democracia o para conseguir un equilibrio entre la libertad personal y la responsabilidad solidaria?. Éstos son algunos de los interrogantes sobre los que reflexiona Alejandro Mayordomo a lo largo de esta excelente obra, de claro interés para todos y, especialmente, para aquéllos que tienen encomendada la valiosa y compleja tarea